

dad del siglo XIX, y además una bebida nacional atroz, compuesta de calabazas machacadas fué ofrecida en derredor. Nuestro huésped ofreció á los señores unas pipas largas que una vez fumadas, le inducimos después de varias importunidades á que condujese á las señoras y niños á un baile nacional, que nos pareció muy triste y uniforme. Dimos las gracias sinceramente á nuestro huésped, y regresamos al "Vulcano" con la espléndida luz de las estrellas.

CAPITULO III.

UN VIAJE POR

TIERRA EN GRECIA.

El contrato con la persona que debía dirigir nuestro viaje por Grecia estaba concluido. Nuestro buque debía volver á reunirse con nosotros en Nauplia, y comenzamos nuestra marcha por tierra en una mañana de las más espléndidas.

Dejamos á bordo á toda nuestra servidumbre con excepción de un hombre. Igualmente redujimos nuestro equipaje á las cosas más necesari-

rias. A causa de las fatigas del camino, nos habíamos vestido con los trajes más singulares, y cuando nos reunimos para entrar al bote, el espectador bien podía haberse figurado que éramos una comparsa de cómicos de la legua, á punto de partir á sus viajes. Algunos tenían bota fuerte, otros se habían ligado sus blusas con cinturones, y estaban armados con mazas, dagas y armas de fuego para los ladrones, y paraguas para el sol.

El autor de este diario sacó un paraguas chino hecho de un material sumamente ligero y que no obstante la burla de sus compañeros le sirvió de buena ayuda. Para el caso de mal tiempo, habíamos ya conseguido en Trieste unos capotes marinos de «Istrian» de un cuero color de chocolate y provistos de capuchas. Los caballos nos aguardaban frente á la casa del cónsul, el cual nos recibió en los escalones de enfrente, en *uégli-gé* de mañana. Solo unas cuantas de las bestias y sus arneses podían sufrir inspección. Los pobres caballitos estaban en un estado de flacura espantoso, y los arneses eran una aglomeración de cadenas, cuerdas y pedazos de cuero.

El contratista, á quien llamaremos Demetry, estaba sumamente ocupado en repartir las bestias entre los ecuestres, y al mismo tiempo ala-

baba de las cualidades de estos con exajeración, en lo que el cónsul cuyos conocimientos ecuestres me parecían pobres le sostenía con ardor; las bestias de carga estaban de tal manera cargadas de provisiones de todas clases que casi desaparecían ante nuestra vista.

A las siete menos cuarto se puso en marcha la procesion escoltada para mayor seguridad por los gendarmes de la ciudad de Patras. Al principio pasamos por entre los fructíferos cerros cubiertos de viñas que se desprendían tras de la ciudad, y por ligeras pendientes; por todas partes se veía á la gente ocupada en las cosechas de uva. A lo largo del camino estaban fabricadas unas chozas de palma con el objeto de cubrir la fruta. Me sorprendí de encontrar en las alturas, entre las uvas, naranjas, manzanas, grupos de cañas de una altura poco comun.

La perspectiva del azulado golfo y de las montañas de Rumelia, era encantadora; una tranquilidad mágica descansaba sobre el paisaje, y todo brillaba con el ambiente fresco de la mañana. El pedregoso camino que estaba interceptado por pequeños arroyos y malezas, más abajo descendía y conducía por en medio del banco seco de un caudaloso rio, en el cual á

gran sorpresa nuestra, la vegetacion era mucho más hermosa.

Las adelfas crecian en grandes y oscuros trozos de entre los cuales resaltaban las hermosas flores color de rosa; y el modesto mirto, con su pardo-oscuro follaje formaba malezas de tal tamaño y frondosidad en este terreno arenoso, que aquellos que solo le han visto en las macetas apenas le hubieran conocido. Nuestra senda iba paralela con la orilla del mar, y por última vez se dejaron ver los suburbios de Patras con la luz de la aurora.

En el golfo de Lepanto—afamado por su combate naval—vimos la ciudad del mismo nombre. Está situada entre altas montañas y el mar. La fortaleza de Rioso queda frente á este, colocada en un pequeño promontorio, y del costado más cerca á nosotros se desprendia en medio del mar la fortaleza de Antrion. Estas fortificaciones tienen igualmente guarniciones griegas. La importancia de la victoria de D. Juan en este lugar se deja ver por percepcion inmediata. Podiamos comprender la imposibilidad de que encontrase salida la flota turca una vez que habia cruzado este estrecho límite de mar. Una vez más hizo un papel importante Lepadon

to en la lucha por la libertad. Ahora apenas tiene importancia.

Espectáculo tras espectáculo, á cual más hermoso se presentaba a nuestra vista, pues las espumosas olas del mar bañando la vegetacion abundante ofrece al viajero algo de nuevo, y nunca faltan nuevos encantos; miétras más nos acercábamos al mar más aumentaban estos.

Despues de ir subiendo tres horas, no obstante nuestro entusiasmo y buen humor, nos sentimos cansados, los estomagos vacios, y nuestras fuerzas intelectuales debilitadas. Nos causó mucho gusto cuando Demetry nos mostró un lugar ameno á orillas de una pequeña ensenada como el "Khan" adonde debiamos tomar nuestra merienda.

Cuando habiamos llegado frente a la choza, consignamos nuestros caballos á los criados y acampamos bajo la sombra del edificio. Los capotes marinos se convirtieron en cojines, y se tendió un mantel en la yerba. Se sacaron los frascos y los platos de los sacos, y acorde con nuestra antigua costumbre comimos magníficamente acostados, descansando una hora en la fresca playa. Algunos de los señores durmieron siesta, Mi hermano el Dr. F. y yo nos resolvimos á dar un paseo.

Cerca de las casas, el reino vegetal se hallaba bañado por arroyos especies de pozos, y cerca del mar crecían malezas impenetrables. Adonde el camino no estaba bloqueado por el espeso follaje y ramaje, el paso se dificultaba por enredaderas de las más hermosas, y cuyas pulidas cadenas rompimos con mucho trabajo.

Nuestra esperanza era cojer algunas tortugas de las que habíamos alzado algunas en nuestro camino, pero no nos tocó esa buena suerte. Observamos un árbol de platanos secos en el cual en vez de haber hojas había un bosque de uvas silvestres, los elegantes zarcillos caían sobre nosotros como una cascada verde—el mas esperto jardinero no podía haber arreglado guirnaldas tan hermosas. De buena gana hubiera bosquejado toda esta vegetación que rodeaba ese ramaje seco, pero no tenía tiempo. Probamos la fruta de esa viña salvaje, y encontramos que no le pedía favor en dulzura á nuestras uvas de jardín. Cuando regresamos á la playa, el profesor G. se ocupó con su acostumbrado talento en dibujar la bahía, y sus alrededores. El cronista K; se sentó á la sombra de un olivo, y escribió un poema. Los demás pasaron este tiempo agradable durmiendo—sin embargo unos cuantos se habían sentado en la playa.

Les fuimos hacer compañía; las profundidades del Oceano siempre ejercen en mí un encanto misterioso. Poderosa é irresistiblemente el insondable mar me atrae, y me regocijó con todo lo que le pertenece. Aun las pequeñas almejas que se volteaban en la arena podía uno suponerse que eran moneditas de oro, con tal empeño las alzaba yo. Más sin embargo, pronto la señal de partida fué dada, y acorde con la corpulencia de cada uno, saltamos ó montamos á caballo.

Objetos nuevos continuaban á aparecer ó desaparecer; una bahía se seguía á otra bahía, primero pasábamos por las finas arenas del mar, despues por breñales y pintorescas cañadas, ó suaves colinas.

Al país, puede llamársele salvaje y sin cultivo, pero hay un encanto grande en la lozanía de la naturaleza. Adonde existen grandes lotes de tierra amarilla, hay tambien pinos con sus puntiagudas coronas, más verdes aun que las más frescas hojas, altos platanos con su ancho follaje, las enredaderas y las parras abrazando sus troncos, y el hermoso mirto entrelazado con el poético laurel. Estos verdosos lugares en los que descansa la vista, son cien veces más hermosos que si la helada mano del la-

brador hubiera arado por medio de un paisaje en que tan profunda paz reina, y que la labor no ha podido trastocar: ningún buque perturbaba la tranquilidad del espejo del azulado mar: ninguna torre de iglesia, ningunas ruinas distraían la vista de las resplandecientes montañas.

Aquel que se queja de la monotonía de estos países no ha experimentado sus encantos: yo por mi parte solo puedo tener lastima al hombre cuya alma no se esplaya y llena de goce cuando aspira el aire de la antigua Grecia.

El sol de Grecia había ya recorrido su camino y después de una segunda jornada, de tres horas ansiábamos por algún refresco. Otra vez nos acercamos á un "Khan" el que estaba cercado con grandes olivos. Se veían por allí algunas viñas é indicamos á los guías el deseo que teníamos de separarnos con las uvas griegas. Pronto nos hicimos de alguna cantidad, lo mismo que de un espléndido melon.

En el camino habíamos ya encontrado grupos de dos y tres personas montados en burro, que llevaban uvas secas en sacos de cuero á las plazas de las ciudades más grandes. Estos ecuestres presentan un aspecto en alto grado pintoresco; la manera como están vestidos, su modo peculiar de sentarse sobre el animal, y su noble

porte, nos dió una idea elevada de la hermosura de los griegos. Nos encontramos con varios de estos hombres en el "Khan; en su mayor parte iban bien armados, lo que aumentaba su dignidad natural.

Cuando vieron al Dr. F. que estaba tomando un polvo, le suplicaron les convidase, dándole en seguida las más expresivas gracias. Dejaron que les examinásemos sus trajes sin embarazo, conservando su parte orgulloso y confiado.

En el interior del "Khan" había un cuarto como de barraca en el que se expendían artículos indispensables al país. Cristal, tiestos y tazas; entre los cuales había licores que tenían un aroma que no convidaba, de suerte que pasamos lo que nos quedaba para descansar al aire libre. Conforme caminábamos, parecía como si mi caballo tuviese un regular andar, lo que no era el caso con los demás. El Cronista K, aseguró que el suyo era mañoso y que pateaba. Este pobre señor jamás había montado y ahora por primera vez se veía obligado á hacer su primer ensaye por doce horas y en una mala silla!

Dos gendarmes conducían á nuestra graciosa procesion; tenían estos una] mistura de Bávaros y griegos—sus] cabezas pertenecían á su país natal, y su traje ó uniforme, era griego. Tras

ellos iba el conde C. con una calma imperturbable, fumando y recibiendo las nuevas impresiones sin chistar. Despues seguian el Príncipe S. y el baron K; el primero en vano ansiaba por las quintas de campo que presentaban un aspecto confortable, con sus hermosos habitantes y que veiamos al pasar; el último de estos domó el caballo del pobre Demetry, como un maestro de equitacion lo podia haber hecho.

El Dr. F. seguia su camino tranquilamente y nos divirtió contándonos anécdotas interesantes, las que sabia relatar muy bien. De vez en cuando se regalaba con un polvo. Mi hermano generalmente montaba á su lado, y se cubria de las influencias calóricas del sol mediante un enorme paraguas. Despues iba G., montado entre los baluartes de su silla turca. En los ascensos y en los descensos las almas compasivas le prestaban ayuda, pues él tampoco estaba acostumbrado á montar, aunque no se sentaba mal para ser novicio.

Galopaba de un lado á otro del camino en mi brioso, pequeño y tordillo corcel; mi paraguas chino, cual estandarte de victoria, lo llevaba en la mano, y me divertia con las animadas bromas del cortejo. Al pasar de nuevo á orillas del mar y repentinamente nos alcanzó un chubasco que

pasaba, y nos vimos obligados á tomar abrigo en la miserable choza de un pastor. La lluvia refrescó y purificó la atmósfera, y la tarde en la playa estaba más agradable aun, mientras que en Rumelia unas nubes negras se desprendian sobre el Parnáso.

Al acercarnos á un pueblito donde debiamos pasar la noche encontrabámos que el campo de los alrededores estaba muy mojado; teniamos que vadear varios arroyos, en medio de los cuales florecian las adélfas. Uno de los caballos de los gendarmes que iban por delante comenzó á cabriolar por unos de estos espesos arbustos de adélfas. El caballo del Príncipe tras de quien iba yo, se espantó igualmente; pero por fin pasamos en salvo. Sin embargo, el Príncipe me suplicó que estuviera pendiente para ver como les iba a los demas al cruzar por este espanto, de suerte que al mirar en deredor contemplé á nuestro pobre cronista que iba ya en el pescuezo de su caballo bayo, que corcobeó dazando, finalizando por echarlo al suelo, sin poderlo remediar.

Resultó que el motivo de esta alarma habia sido un asno cargado de cañas, y los caballos todos se habian espantado con esa masa movible. Corrí en ayuda de mi querido cronista el que fe-

lizmente no se habia lastimado, y pronto estaba otra vez á caballo, riéndose de su desastre.

Poco ántes de ponerse el sol nos enseñaron nuestro alojamiento de esa noche, viz: la pequeña ciudad de Vostizza. Las playas de este golfo son especialmente hermosas, á causa de las alturas que nacen del mar, ocultando la bahía pasada y la venidera. Vostizza está en un ascenso tan bonito. Mi hermano y yo nos dirigimos con el Príncipe J. en derechura al lugar. Teníamos que pasar por la cama de un ancho rio, despues por una cuesta muy empinada formada por las lluvias como banco de arena.

El mar aparece haber subido antiguamente casi treinta brazas mas de lo que ahora sube. Entre este banco y el mar se ensancha un prado ameno y verde cubierto de viñas; algunas casas van á dar hasta el mar,—en el centro se eleva un platanar, que se dice, fecha desde la época de Pitágoras.

Entramos por la parte alta de la ciudad. El cocinero Demerty, que se habia adelantado mas ántes, nos condujo á la casa donde debíamos pasar la noche. Esta presentaba el aspecto de un albergue. En el primer piso habia un enorme salon que en vez de ventana, tenia una gran abertura que daba á las calles, y que servia de

cocina, bodega, despensa y almacén. Nuestra comida estaba ya preparada, pero cubierta por miles y miles de moscas, lo que no era agradable. Además de las moscas varios curiosos de los aldeanos se habian amontonado, y su charla unida al zumbido de los insectos formaba un concierto de lo mas confuso.

Subimos al piso alto mediante una escalera de madera que se estaba cayendo, allí estaban los dos llamados cuartos, en los que no nos podíamos quejar de la nueva moda de los muebles. Cuatro paredes desnudas á las que no se les podían llamar blancas tan cubiertas estaban de suciedad; nuestros olfatos podían muy bien haberse escusado de la atmósfera griega que habia en la pieza.

No era esta una perspectiva consoladora, mas despues de una caminata á caballo por doce horas, pensé que nos podríamos hacer un tanto cuanto, comfortable con un poco de paja y nuestros capotes marinos.

El Príncipe, sin embargo, sostuvo que esta posada no estaba conforme con el contrato que habíamos hecho con Demerty, y que era indigno de nuestro rango el dormir en semejantes lugares. Yo hice presente que el plan mas sencillo era acampar al aire libre; pero el Príncipe continuaba

insistiendo en hablar con Demetry, y entretanto me senté á descansar en el umbral de la abertura del cuarto bajo, y observaba los movimientos de los griegos. Varias manadas de burros cargados, caballos y mulas pasaban con paso lento, y como que en Grecia hay pocos coches exceptuando en Atenas, estos trenes se echan de ver en todas las calles.

Nuestra apariencia, pronto atrajo á varias de las personas respetables del lugar. Desde el bloqueo de los ingleses, los extranjeros son espectáculo extraño á la vida de los griegos. Sin embargo debo confesar que los habitantes son mas políticos que en nuestras tierras mas civilizadas. Si se les saluda con amabilidad, en el momento dan las gracias con el saludo al estilo del país, poniéndose la mano en el corazon, y en la frente.

Despues de algun tiempo Demetry y aquellos que se habian quedado atrás llegaron, este se vió asaltado por todo el mundo solicitando mejor alojamiento para pasar la noche; en vez de dar excusas, habló con varios ciudadanos bien vestidos que estaban allí, y nos suplicó que le siguiésemos. Nos condujo por la parte mas alta de la ciudad, y nos introdujo con gran astucia en la hermosa casa de un oficial del servicio real, el

Real que se ha de haber encontrado no poco sorprendido, al verse repentinamente invadido por una comitiva tan grande. Sin embargo, nos ofreció una hospitalidad oriental con la mayor abundancia. Pronto nos instalamos en los aposentos en parte amueblados y que se nos asearon; uno de estos estaba en el segundo piso. El dueño de la casa se hallaba presente con el fin de proveer á nuestras necesidades con la mayor brevedad posible, y se expresaba en un mal francés con nosotros de la manera mas cordial.

Del mas grande de los dos cuartos se desprendia un balcon frágil y casi peligroso, y desde allí habia una vista de la mas magnífica de la bahía opuesta. Era una noche del Sur en su mayor esplendor—las estrellas brillaban como diamantes y la luna como un buque navegaba tranquila en el azulado éter. La ciudad con sus hermosos jardines yacia tranquila en natural silencio el mar brillaba con los reflejos de la luna; en estos momentos solemnes, la naturaleza descansaba de su tarea.

Un descanso interior se apoderó de mí despues del excesivo calor del dia, y una briza refrescante soplabá del mar sobre el paisaje adormecido; entretanto se ponía la comida y la cena en una, y

le hicimos los honores de buera gana, no obstante las nubes de mosquitos que habia.

El amo de la casa nos trajo el mejor vino que poseia en sus bodegas, y nos miraba con ahinco al llevarnos la copa á los labios con el fin de probar el licor. La presencia de nuestro amable huésped, fué lo único que nos impidió el arrojar las copas. Era una bebida dulce-agria que á causa de la bota de cuero de cabra en la que se le habia tenido, se habia puesto verdaderamente atroz. Entusiasta como siempre me mostraba por la Grecia, jamas me pude reconciliar con su vino.

Una conversacion animada alegró nuestra cena; pero al fin el cuerpo reclamaba sus derechos, y nos retiramos á descansar. Nos encontramos solo con una cama y dos divanes que estaban preparados para nosotros, de suerte que parte de la comitiva se acomodó en el suelo. Cosa de las cinco despertamos con el ruido del "réveillé" apresuradamente tomamos nuestro "desayuno" y despues nos llevaron á una bodega adonde habia tiradas dos hermosísimas estátuas antiguas.

Las artes en Vostizza no parecian estar muy adelantadas, puesto que habian dejado estas rarísimas estátuas de mármol tiradas entre basura en la mayor oscuridad. Una de ellas era una figura de mujer, probablemente una Ceres, con un ropa

je excelente, pero desgraciadamente faltaba la cabeza; la otra era una estátua de un jóven delgado, cuyos miembros mostraban una perfecta simetría. Tirada, cerca de estas dos y estaba la cabeza de un hombre de facciones nobles. El mármol era transparente tal como aque que se nos dice, se usaba en el Pentelicón.

Este descuido de obras de arte tan hermosas, prueba que si los griegos modernos han heredado el valor, el ingenio, y la astucia de sus antepasados, el genio creador de los antiguos no existe mas. La flor de ese arte ha muerto, y apenas encontramos huellas de sus raices, de suerte que no debemos esperar su renacimiento. Cuando regresamos á nuestros alojamientos encontramos á nuestros caballos ya listos frente á éstos. Dimos las gracias á nuestro amistoso huésped y continuamos nuestro viaje.

Pasamos por varias calles que, como las de Patras, estaban en pintoresca confusion. A las seis y media ya estábamos fuera de la ciudad. El sol se habia elevado magníficamente sobre las montañas de Corinto, anunciándonos un dia más caluroso. A la extremidad de la llanura vimos la primera palma desprendiéndose magestuosamente á treinta piés de altura de un panteon desierto. El emblema de paz habia nacido de entre los cuer-